

adolfo marsillach

LA  
OTRA  
BIOGRAFIA  
DE  
**MONICA  
VITTI**

Con Alain Delon, en «El eclipse», su última película.

**F**UE en Buenos Aires. En un cine —no recuerdo ahora cómo se llama— que está en Lavalle. Al lado de una librería y de una tienda de discos. Y de otro cine. Allí, de pronto, un cartelón publicitario anunciaba: «La aventura», de Antonioni. Entré en seguida. Uno —desde hace tiempo— es admirador

de Antonioni. Quizá del que más. Desde que uno vio «Crónica de un amor» o «El grito».

Al principio de la película salían dos chicas. Una se llamaba Lea Massari. Otra, Mónica Vitti. Arriba, en el piso alto de un edificio, un hombre joven estaba esperando. Era Gabriel Ferzetti y tenía una

bonita mirada. Luego, ella —Lea Massari, que era la novia— subía a verle. Una ventana se cerraba hasta dejar la habitación a oscuras. Pero antes, a través de una rendija, había un plano de Mónica Vitti en la calle esperando, encendiendo incluso un pitillo porque adivinaba que la espera iba a ser larga.

**SIGUE**



«La aventura», primer film de la famosa trilogía de Antonioni; después vendrían «La noche» y «El eclipse»

Más tarde, los tres, en el pequeño yate de unos amigos, llegaban hasta una isla prácticamente desierta, para pasar unos días. Antonioni se recreaba en el mar, en las olas rompiendo obsesivamente contra las rocas, en los lagos de espuma y en unos senderos descuidados que nadie sabía bien a dónde podían llevar. Y en los protagonistas. Con esa minuciosidad exhaustiva del gran director. En los planos llenos de sentido. En los gestos, en las miradas, en el tremendo significado de las cosas por sí mismas.

Después, una noche, Lea Massari se desprendía del brazo de su novio y nadie volvía a verla. La isla se la había tragado. O el mar. O el cielo azul. O la noche, tal vez. Era inútil buscarla. Eran inútiles los gritos diciendo su nombre. Y los esfuerzos de él, Ferzetti, que estaba angustiado. Y los ojos de Mónica Vitti queriendo hacer un agujero en la oscuridad.

Hasta aquí la primera parte de la película. Una larga y maravillosa primera parte. Luego, otra cosa. La vida, que es algo más que un guión cinematográfico. El amor, que siempre es un poco absurdo. Empezaba la historia de una pareja. Mónica Vitti y Gabriel Ferzetti constituían su aventura sobre el fantasma de la amiga que se tragó el misterio.

Y no había concesiones. Jamás Antonioni explicaba cuál era el secreto de la Isla Blanca en la que una noche Lea Massari —la bella muchacha del principio— había desaparecido.

Mucho se le reprochó esto a Antonioni. Todo el mundo quería que le dieran una solución. Y en Cannes, cuando se estrenó la película, el público pateó. ¡Qué estupidez! Era como patear a la vida misma, como indignarse porque las cosas sean así y no de otra manera, porque no haya siempre una contestación lógica a los interrogantes.

Me impresionó la película. Creo que más que ninguna otra. Luego, al final, la historia de los protagonistas terminaba como había empezado: estúpidamente. No podían ser felices y hubiera sido ridículo empeñarse en serlo.

Pero todo esto no podía tolerarlo un público corrompido por muchos años de cine convencional. La gente quiere ver lo que espera y no otra cosa distinta.

Son miles de finales felices que pesan sobre el espectador, miles de guiones en los que los protagonistas se conocen en el primer rollo de la película y se casan en el último después de vencer la oposición de los padres, o cuando «el chico» regresa del Pacífico, de matar japoneses.

«La aventura» fracasó en Italia, hasta que se estrenó en París, en donde un público acostumbrado a un cine literario, la comprendió. Luego vino, naturalmente, el éxito.

Y el descubrimiento de una actriz excepcional. Se llama Mónica Vitti y tiene el pelo rojizo y unas uñas pintadas con una laca de color natural. No sé si es una mujer guapa. Tal vez no. Creo que es algo mucho más importante que eso. Tiene fuerza, personalidad, talento. Se le nota que le gusta leer, que siente la vida como algo irremediable, que pertenece a una generación de actrices que no quieren ser estrellas. Al menos, en el sentido tópico y comercial de la palabra. Jamás llegará tarde a un «plató»; no habrá que reñirla por no haber estudiado su papel; no abandonará un rodaje para descansar en los brazos de un jovencito imberbe. No, no hará nada de todo eso. Ni tendrá una muerte como la de Marilyn.

Es una chica como otras. Sería fácil confundirla con una «periodista», una de esas muchachas que han nacido y viven en Parioli, el barrio residencial de Roma. He visto muchas como ella por la calle, sentado en una terraza. Es un espectáculo. Andan con gracia, con un feliz movimiento que las hace muy atractivas. Vis-

ten con elegancia y tienen —perdón por la cursilería— un cierto aire de princesas romanas. Son esas chicas que existen también en España y que podrían estar en nuestro cine si la burguesía española hiciera menos dengues.

Mónica Vitti tendrá ahora veintiocho años. Y una infancia triste. Y la experiencia de una mujer que tuvo que luchar desde muy joven. Y el orgullo de ser actriz. Desde el principio. Desde el primer día que fue a la Escuela de Arte Dramático.

—No, no quiero ser una Eleonora Duse, ni una Emma Gramatica. Quiero ser «la Vitti».

Ya lo es. Desde «La aventura». Desde «La noche». Desde «El eclipse». Después de unos años de actriz de teatro con Sergio Tofano, un buen actor que estuvo aquí en España allá por el año 50.

Un día, Luciano Emmer va a dirigir una película que recorrerá el mundo: «Las muchachas de la Plaza de España». Uno de los papeles va a ser para ella, para Mónica. Sólo hay que salvar un pequeño inconveniente. El director quiere que Mónica se someta a una operación de cirugía estética. Hay que quitarle un diminuto caballete de la nariz. Las cámaras —según la vieja excusa de siempre— amplían este defecto. Pero a Mónica no le da la gana y se queda sin el papel. Mónica Vitti —«la Vitti» de ahora— no quiere perder su personalidad, no quiere convertirse en una chica más, de nariz puntiaguda. A veces da risa pensar en esto y en tantas actrices españolas sacrificadas a un cine que devora unos perfiles impersonales. No es cierto que para fotografiar bien haya que operarse la nariz. No es ése el problema.

Un día conoce a Antonioni. Es en una sala de doblaje. Durante la sincronización de «El grillo». Ese día empieza su carrera. Y su amor.

Yo diría que en el cine de Antonioni hay una búsqueda incierta de la felicidad y un conformismo irónico al no encontrarla. Parece como si todos los hombres y todas las mujeres del mundo, aceptaran de antemano las reglas de un juego que les obliga a quererse y a dejar de quererse unos a otros. Es una batalla que empezó hace tiempo, una guerra en la que todos morimos un poco, en la que el amor no es apenas nada, con ser tanto. Y pasan por la pantalla mujeres tristes que sueñan y hombres, tristes también, que no saben a dónde van. Pero que se detienen en el camino, que se recrean en el momento, en ese momento justo que ya nunca —¿nunca?— volverá a repetirse. Y yo diría, incluso, que este cine de Antonioni es una acusación a unas reglas sociales preestablecidas que nos fuerzan, irremediablemente, a ser desgraciados. Da la impresión de que si una pareja fuera capaz de romper con todo lo anterior que ata, para empezar de nuevo libremente, esa pareja sería feliz.

Quizá sea verdad. Porque Antonioni y Mónica Vitti son felices. Y eso ya no es cine. El hombre que escribe historias sin solución y la mujer que las interpreta, andan por la vida cogidos de la mano. Con tanta fuerza, quizá, como aquel día en que en un estudio de doblaje, los dedos de él encontraron los de ella sobre el atril.

FIN

